



### **Exclusión social, delincuencia y barrios: *Ir más allá del control del delito***

**Alejandra Lunecke R.**

**09/08/2010**  
**Sociedad**  
**Exclusión social,  
delincuencia y barrios:  
*Ir más allá del control  
del delito***

**04/08/2010**  
**Sociedad**  
**Clases medias y Estado  
en Chile contemporáneo  
Segunda Parte**

**30/07/2010**  
**Economía**  
**CASEN 2009, rompiendo  
el termómetro**

**30/07/2010**  
**Economía**  
**Pobreza y Desarrollo  
Social**

**28/07/2010**  
**Sociedad**  
**Clases medias y Estado  
en Chile contemporáneo  
Primera Parte**

**27/07/2010**  
**Economía**  
**Las complejidades del  
salario mínimo**

En los últimos meses una de las principales prioridades del gobierno en materia de seguridad pública ha sido la intervención en territorios determinados, específicamente en diferentes barrios de la capital. Los recurrentes procedimientos de incautación de drogas por parte de las policías, las tareas del Escuadrón Centauro de la policía de Carabineros, el Programa Barrio en Paz del Ministerio de Interior, son sólo tres ejemplos de la agenda de trabajo focalizada en barrios de la actual administración.

Sin duda, y como toda la experiencia internacional lo indica, este tipo de focalización territorial sigue un adecuado camino. Sin embargo, aquel mismo acervo de información nos dice que las intervenciones en criminalidad no pueden ni deben ser parciales y centrarse solamente en estrategias de control del delito. La naturaleza etiológica de la violencia y la criminalidad deben ser abordadas por políticas integrales, multisectoriales y orientadas a mitigar también las causas profundas de la criminalidad. El resto, en jerga común, es *pan hoy y hambre para mañana*.

Y es que las últimas décadas, las ciudades en América Latina – y Chile no es una excepción- han sufrido profundas transformaciones económicas y sociales que han acentuado los procesos de segregación espacial y la formación de extendidos barrios marginales empobrecidos y excluidos. Ellos concentran una serie de desventajas sociales y económicas que se agudizan por los niveles significativos de delincuencia y de violencia que se ha instalado tanto en espacios privados como en espacios públicos existiendo verdaderos mapas de violencias en un mismo territorio que se relacionan y alimentan entre sí (Lunecke y Ruiz, 2007).

En nuestras ciudades, la evidencia empírica demuestra que en muchos vecindarios se aprecian una importante concentración de denuncias por violencia intrafamiliar, junto a violencia instalada también en establecimientos educacionales. Por otra parte, las amenazas, las peleas a gritos y a golpes, las reacciones violentas frente a otras agresiones similares, etc., son prácticas presentes en las relaciones sociales en los espacios comunitarios. A su vez, existe ya suficiente información de cómo la delincuencia común y la violencia organizada se han apoderado de calles, pasajes y de espacios de recreación y/o uso público de muchos barrios en condiciones de vulnerabilidad social y económica. Este tipo de violencia, que causa mayor impacto público,

#### Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.ced.cl.

©2000 asuntospublicos.ced.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

en pocos años ha impulsado un espiral de conflicto y miedo en diversos vecindarios, haciendo que el espacio público no simbolice- para muchos vecinos- más que el deterioro, el peligro, el crimen, la ansiedad de la no movilidad social, el empobrecimiento y la exclusión de su entorno (Eissmann y Lunecke, 2004).

Moser y McIlwayne (2006), quienes realizaron un estudio en 28 barrios en Centroamérica, dan cuenta también de estos mapas de violencias en vecindarios marginales. Al respecto, las autoras identifican los diferentes tipos de violencias que se relacionan y refuerzan mutuamente en el nivel micro local y que agudizan las condiciones de vulnerabilidad y exclusión en que viven sus vecinos. Según las autoras, la violencia que se observa en estos territorios puede ser de carácter político, institucional, económico y social, según cada contexto. Dentro de éstas, y dada la prevalencia del fenómeno en la región, la violencia asociada al tráfico de drogas aparece extendidamente en muchos territorios empobrecidos de diversos contextos urbanos. Respecto a este tipo de violencia, diferentes estudios dan cuenta que las comunidades afectadas por altas tasas de desempleo e inseguridad social son los principales sitios en los que se infiltran las bandas de drogas que ofrecen fuentes alternativas de ingresos (ECOSOC, 2003). Las oportunidades económicas que los mercados de drogas ilícitas proporcionan a los grupos delictivos amplían el ámbito para la violencia, ya que los delincuentes compiten por esos mercados; esto, a su vez, puede tener costosas consecuencias para la comunidad local. Las rivalidades o "guerras territoriales" entre traficantes y vendedores de drogas locales pueden degenerar en violentas confrontaciones en lugares públicos o cerca de ellos y, en consecuencia, esos lugares se convierten en "zonas vedadas" para la población en general (ECOSOC, 2003).

Para abordar estas realidades barriales, diversos enfoques y aproximaciones desarrolladas por la economía, la sociología y el urbanismo, entre otras, han guiado diversos tipos de intervenciones en materia de seguridad pública en diferentes contextos. Entre estos enfoques, la exclusión social ha generado marcos de interpretación que ayudan a explicar el desarrollo y arraigo de tipo de criminalidad en barrios.

Si se considera que la exclusión social puede ser entendida como *"una acumulación de procesos confluentes con rupturas sucesivas que, arrancando del corazón de la economía, la política y la sociedad, van alejando e <<inferiorizando>> a personas, grupos, comunidades y territorios con respecto a los centros de poder, los recursos y los valores dominantes"* (Estivill, 2003), los factores que explican la criminalidad en ellos dicen relación, también, con la dimensión económica, social y cultural de estos procesos que hacen vulnerables a las comunidades en materia de seguridad.

En este sentido, los resultados de la exclusión en sectores pobres y desaventajados tiene que ver principalmente con el bajo nivel de calidad de vida y bienestar de las personas. En muchos barrios, esta condición de exclusión puede presentar al menos tres formas negativas: cuando el espacio público constituye un espacio de aislamiento y segregación, cuando es un espacio de violencia y crimen que empuja a los vecinos a recluirse a sus reductos privados; y cuando opera como nicho de normas y valores opuestos a los de la sociedad mayor (SARAVI, 2004).

Así, muchos vecindarios junto a las desventajas sociales y económicas evidentes presentan formas de malignidad social, como por ejemplo, la presencia de una amplia gama de actividades ilegales, que van desde las apuestas y los asaltos, el tráfico callejero y la venta de mercadería robada, hasta los atracos, el robo a mano armada, la prostitución y el tráfico de drogas" (BAUMAN, 2004:64). Estas condiciones, determinan en muchos casos una manera de organización diferente al resto de la sociedad y deviene de la privación económica de las familias. Así por ejemplo Wacquant señala que: "el gueto está organizado de manera diferente, en respuesta a la urgencia permanente que imponen la apremiante necesidad

económica, la inseguridad social generalizada, la hostilidad racial sin respiro y la estigmatización pública” (WACQUANT, 2007:69).

De esta manera, estudios sobre la nueva pobreza urbana dan cuenta del aumento de la malignidad en territorios excluidos, especialmente en “aquellos vecindarios donde es posible observar una conversión de los antiguos asentamientos precarios de población trabajadora en concentración de población desempleada o sub empleada, políticamente marginales y en los cuales se potencian problemas sociales como el negocio de la droga, la delincuencia, la deserción escolar, el bajo rendimiento escolar y el embarazo adolescente – todos elementos de desintegración social” (SABATINI, 2003:12).

En estos contextos, el surgimiento de mafias delincuenciales es un fenómeno frecuente de observar. Más allá de la motivación económica que congrega a los individuos para obtener beneficios económicos, lo que se observa también es la existencia de redes de protección en torno a las actividades ilegales (GAMBETTA, 1993). Este tipo de mafias- especialmente aquellas vinculadas al tráfico de drogas- se mueven más que por las lógicas del mercado- por la lógica del poder y como lo destaca Krauthausen, cada agrupación mafiosa ejerce el control sobre todas las actividades ilícitas que se desarrollan en el su ámbito de circunscripción territorial” (KRAUTHAUSEN, 1994:114). Por ello, el uso de la violencia es manifiesto en estos vecindarios.

Estas características de malignidad social han hecho que, para el resto de la sociedad, estos territorios se conviertan- como dice Wacquant- en no go areas, sumándose a las condiciones antes descritas, el estigma que reciben estos vecindarios. La estigmatización está sujeta a condicionamientos de orden subjetivo y cultural, que dan cuenta de cómo los habitantes tienden a construir una imagen de sí mismos o de su barrio de acuerdo a la percepción que el resto de la sociedad tiene de ellos. Se traduce en efectos directos en la vida social y pone de relieve la relación entre la realidad delictual de un sector determinado y los procesos de exclusión e integración social (LUNECKE y EISSMANN, 2005; GOFFMAN, 1963). En los sectores vulnerables, la violencia y la delincuencia producen un alto grado de estigmatización social, en cuanto refuerza la auto percepción de marginalidad de los vecinos de un barrio. Esta percepción tiende a generar una sensación de frustración en el imaginario social y a motivar el abandono del sector. “Un penetrante estigma territorial recae firmemente sobre residentes de esos barrios de exilio socioeconómico y suma su peso a la mala fama de la pobreza” (BAUMAN, 2004: 178). La estigmatización de los territorios agudiza las condiciones de aislamiento y distanciamiento social interno en el territorio, disminuyendo la confianza interpersonal y minan la solidaridad local (WACQUANT, 2007)

Por último, otro elemento de malignidad social que evidencian barrios empobrecidos y que acompaña la estigmatización territorial, es una pronunciada disminución del sentido de comunidad que en muchos casos solía caracterizar a las antiguas localidades obreras. En la actualidad, el barrio ya no presenta un escudo contra las inseguridades y las presiones del mundo exterior, un paisaje familiar y reafirmante imbuido de significados y formas de mutualidad colectivos. Se convierte en un espacio vacío, que es de competencia y conflicto, un campo de batalla lleno de peligros para la lid diaria de supervivencia y la huida. Este debilitamiento de los lazos comunitarios con la base territorial alimenta a su vez una retirada a la esfera del consumo privatizado y las estrategias de distanciamiento que socavan aún más las solidaridades locales y confirman las percepciones despreciativas del barrio. (BAUMAN, 2004:179).

Sin embargo, no todos los barrios pobres son afectados en un mismo grado por los procesos de exclusión social. En América Latina por ejemplo, es posible apreciar barrios que –por su origen y desarrollo- evidencian perfiles diversos, aún cuando todos ellos se inscriban en contextos de pobreza (KATZMAN,

2005). Es decir, bajo formas igualmente frágiles de inserción en el mercado laboral y en el sistema social, algunos barrios presentan mejores formas de organización, tienen más lazos con el Estado y/o sus vecinos presentan un importante portafolio de activos que residentes de otros territorios.

Frente a esta realidad, ya en 2003 el Consejo Económico Social de Naciones Unidas llamaba a los gobiernos nacionales a dar atención al impacto de las redes de drogas en el nivel micro local y a atender su relación directa con el fenómeno de la delincuencia común, del uso indebido de las drogas y el empleo cotidiano de la violencia. También llamaba a dar cuenta sobre los procesos de exclusión que explican el desarrollo de esta criminalidad.

Diversos estudios en el nivel internacional dan cuenta del estrecho vínculo existente entre tráfico de drogas- violencia y desigualdad. Los estudios centrados en las sub culturas, los análisis de la escuela ecológica, la antropología y la sociología urbana, entre muchas otras, cuentan hoy con un acervo de información sustantivo que nos muestra que cuando hablamos de tráfico de drogas y barrios debemos mirar el sistema de relaciones sociales, de mapas normativos y de factores socio-económicos que explican el arraigo de este tipo de actividad en los territorios.

Así, hacerse cargo de los delitos graves y de la violencia en barrios empobrecidos, significa ir más allá de la necesaria respuesta policial y del sistema de justicia penal, e incluso superar las estrategias de prevención social o situacional focalizadas. Significa atender también a los recursos que las familias y comunidades tienen para enfrentar las condiciones de exclusión social y sobre todo, hacerse cargo como sociedad, del tipo de estructuras de oportunidades que se brindan a nuevas generaciones. Lo anterior requiere que las agencias del Estado, los agentes privados y la sociedad toda, se comprometan a realizar la justa tarea de superar nuestras brechas de equidad social.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- § Briceño León, R. (2002). *Violencia, Sociedad y Justicia en América Latina*. Buenos Aires, Clacso.
- § ECOSOC (2003). *Drogas, Violencia y Delincuencia: los efectos a nivel micro social*. Mimeo.
- § Eissmann I. y Lunecke A. (2005). *Violencia en barrios vulnerables. Una aproximación desde la exclusión social*. *Revista Persona y Sociedad*. Vol. XIX, N° XIX. Pp. 51-72.
- § Fajnzylber, P.; Lederman, D.y Loayza, N. (1999). *Inequality and Violent Crime*. Washington DC, Banco Mundial.
- § García Pablos, A. (2003). *Tratado de Criminología*. Francia, Tirant Lo Blanch.
- § Katzman, R. (2001). *Seducidos y Abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos*. *Revista de la CEPAL* 75. Pp.171-189.
- § Lunecke, A. y Ruiz, J.C. (2007), "Capital social y violencia en barrios urbanos críticos" en: Dammert, L y Zuñiga, L (Compiladores.). *Seguridad y Violencia. Desafíos para la ciudadanía*. Santiago de Chile, FLACSO- URBAL.
- § Moser, C. y Mcllwaine, C. (2001). *La violencia en el contexto de post conflicto*. Ed. Washington. Banco Mundial.
- § Portes, A. y Roberts, B. (2005). "Empleo y desigualdad urbanos bajo el libre mercado. Consecuencias del experimento neoliberal" en: *Revista Persona y sociedad* 193. Pp.76-94.
- § Moser, C. y Schrader (1999). *A Conceptual Framework for Violence Reduction*. LCR Sustainable Development Working Paper N°2. Washintong DC. World Bank.
- § Sabatini, F. (2003). *La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina*. Documentos del Instituto de Estudios Urbano y Territoriales. Serie Azul, N° 35. Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile.
- § Sampson, R. (2003). *Desorden Urbano, Crimen y Eficacia Colectiva en el Barrio* en: Llorente, M. V. y Rubio, M. (comp.) *Elementos para una criminología de lo local*. Ed. Alcaldía Mayor de Bogotá. Pp. 39-50.
- § Tilly, Ch. (1998). *La desigualdad permanente*. Ed. Manantial. Madrid.
- § Vanderschueren, Franz, (1996), "From violence to justice and security in cities" en: *Review Environment and Urbanization*, Vol. 8, No. 1, April 1996. Pp. 93-112.
- § Winton, A. (2004), "Urban Violence: a guide to the literature" en: *Environment and Urbanization Review*. Vol. 16. N° 2. Pp.165-181.